



Oro, control al incesto y cultura entre los cuna

JORGE MORALES GOMEZ
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGIA
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Abstract: According to Cuna oral tradition world was of gold before the coming of cultural hero Ibeorgun. His teachings made less golden the world when men strengthened renewed reforms. These include incest regulation and the imposition of uxorilocal residence. This paper deals with the hypothesis of seminal meaning of gold within the Cuna tradition. Sperm is free while incest is allowed and controlled after regulations, therefore gold is not available since then. On the other hand the woman who controls men residence and their sexual activity brings in her nose the symbol of the mission that Ibeorgun conferred to her.

Los *tule* o cuna de la región Urabá-Darién y el archipiélago de San Blas son en la actualidad el único grupo indígena en Suramérica cuyas mujeres usan narigueras de oro permanentemente.

En el caso de los *tule*, las narigueras de oro o de plata dejaron de ser parte de la indumentaria masculina desde 1853. Las misiones evangélicas, la policía y los colonizadores mediante la coerción y la burla fueron desestimulando su uso. Sólo quedaron como «adorno» de mujeres.

En 1905, el *saila* o cacique local de Narganá, Charles Robinson, declaró salvaje la imposición de narigueras y prohibió que su hija llevara una (Stout, 1947: 62).

En la relación de viaje de Lionel Wafer al Darién, escrita en 1681, se registra la nariguera de oro como ornamento de hombres y mujeres. Además, una carta de un inmigrante escocés de la colonia del Darién, de 1699, manifiesta que los hombres cuando bebían, con una mano sostenían la nariguera mientras acercaban la totuma a su boca con la otra (Wassén, 1949: 26).

Las fuentes documentales de la colonia describen el ornamento nasal de los caciques como «una gran lámina de oro en forma de media luna» (Wassén, 1949). Contrastaba con el de hombres y mujeres que consistía en un anillo grueso y pequeño alrededor de la nariz, de oro o de plata. Además, los caciques del Darién llevaban en sus atuendos durante las visitas a los europeos, coronas de plumas circundadas por láminas de oro delgadas (Ibid).

Inatuledi con su parafernalia médica de los aliados

Las informaciones precedentes indican pues, dos clases de ornamentos nasales de acuerdo con el status temporal de *sailas* con respecto a los demás miembros del grupo y de otra parte, una aparente comunidad de narigueras para ambos sexos. Finalmente, los testimonios entregados a Wassén por Rubén Pérez (Ibid.) revelan los hallazgos de narigueras pequeñas en los campos de cultivo durante el trabajo agrícola en la isla de Narganá.

Contexto etnográfico: el caso de Arquía (Chocó)

Durante los dos primeros años de vida de la niña se procede a perforar el tabique nasal con una aguja metálica de coser, gruesa: para evitar que el orificio se cierre se deja un pequeño hilo dentro del mismo, mientras se instala el ornamento. El acto manual obviamente es doloroso pero así precisamente se marca de modo dramático la condición de mujer, la cual implica la responsabilidad de llevar la línea de residencia tradicional de los *tule* o cuna. La perforación la lleva a cabo un hombre mayor, que sea o haya sido el *saila* de la comunidad local; también la puede efectuar un *inatuledi* o médico tradicional. Idealmente y en caso de que lo haya, un *nele* que es una persona de la clase más prestigiosa de chamanes, por su status adscrito. Las mujeres nunca han participado en ese papel de ser quienes atraviesan el tabique de la niña.

Actualmente la nariguera la compran los padres en Turbo, Medellín, o las islas de San Blas. El precio promedio es de \$30.000 hecha en oro de 18 kilates.

Algunas niñas, por suma pobreza, llegan a la pubertad sin nariguera. Lo esperado es que cuando se case ya la tenga puesta. Cuando les ocurre la menarquia y no han conseguido el ornamento, surgen muchos comentarios alrededor de las causas de la pobreza que ha impedido tenerlo. Se habla de pereza del padre, de brujería sobre él o la madre, o por mala conducta de uno de ellos. Esa mala conducta implica muchas veces haber tenido relaciones sexuales de cualquier clase con gente que no sea *tule*.

En los pocos casos en la región colombiana en que uno de los padres no es Cuna, tampoco se nota interés entre los familiares de la niña por conseguir la nariguera. Se considera que ella no tiene la plenitud de condiciones iguales a una mujer de ascendencia nativa reconocible y reconocida. Sin embargo, la ausencia del ornamento por sí misma no significa que la niña no sea Cuna, especialmente si su madre lo es. La residencia, las costumbres cotidianas y el lenguaje, así como las relaciones sociales en la comunidad son factores más decisivos para hacerla parte del grupo étnico, aunque con diferencias. Estas prácticamente llegan a desaparecer si la muchacha logra casarse con un hombre *tule* y aún más si él con ocasión del matrimonio regala la nariguera.

Hoy día se aprecia cierta preferencia estética entre mujeres por unas narigueras pequeñas, gruesas que poco sobresalen de la nariz. Algunas mujeres casadas pueden obtener una o dos narigueras a través del tiempo, y lo logran como regalos o presentes de sus esposos.

En la esfera de la tradición oral, conocida entre nosotros como mitología, las referencias al oro, más que a la nariguera, son muy frecuentes e importantes. Este metal aparece en episodios históricos muy relevantes para los Cuna. Por ejemplo, la venida del héroe civilizador inicial *Ibeorgun* a este mundo para enseñar las normas de conducta social a los hombres-animales y transformarlos en verdaderos hombres tiene varias menciones al oro. En primer lugar el mundo que él vino a cambiar era de oro y luego de sus enseñanzas se convirtió en el que conocemos: antes de su llegada, los ríos, montañas, casas, árboles, etc., eran de oro, y dejan de serlo apenas los hombres-animales aprenden las pautas de comportamiento (Morales, 1987: 273). En segundo lugar, *Ibeorgun* desciende a la capa del centro del mundo, que es donde habitamos, en un plato de oro. Según otras versiones descendió en una barra de ese metal.

Otro civilizador, *Ologan* u hombre de oro advino posteriormente en circunstancias parecidas (Wassén, 1949: 124); sólo que tuvo algunos inconvenientes para su acceso pues cayó en un árbol -*kuppuwala*- y entre sus ramas había grandes jaguares, como el del este o *achuchichaki* y el del oeste *achukarman*. Una de las ramas se dobló hacia el este y allí estaba el niño *Ologan*, la otra, hacia el oeste y apareció su hermana; ella también estaba en un plato de oro. Los viejos enviaron a una niña para que recogiera a los dos párvulos.

A diferencia de *Ibeorgun*, *Ologan*, quien es posterior, viene en compañía de una hermana y cuando ya hay hombres consolidados. De otro lado, *Ologan* traía una maraca que al hacerla sonar iba transformando todo en oro. Este héroe contó a los hombres que Dios, *Paptúmat*, tenía una mesa de oro sobre la madre naturaleza (sic), llamada en un comienzo *Mu-ololwertili*. Como ella fue desobediente, le cambió su nombre por *Ipekwatiryapili* y la aplastó con la mesa de oro sobre la cual a su vez había dos espíritus, uno bueno y otro malo; para subir a la mesa, *Paptúmat* dispuso también de una escalera de oro. En ese momento, todo se cubrió de oro nuevamente.

Venidas sucesivas de *Ibeorgun* regresan el mundo a su estado humano, tal como ha sido conocido; con los hombres diferenciados físicamente de los animales pero en estrechas relaciones unos con otros.

Los espacios dorados no se extinguieron del todo aunque sí se redujeron a capas distintas a la central, donde viven los humanos en la actualidad. En el segundo estrato subterráneo hay un río de oro denominado *Oloupikuntiwai*, donde reside el dueño de las *akua nusa*, o cuarzos con poder que utiliza el chamán en las curaciones médicas, para transmitir fuerza a los pacientes.

En la séptima capa subterránea vivía gente de oro. Su morada se denomina *Olosakti* quienes hacían ejercicios y juegos con chuzos y picas calentadas al fuego en hogueras. Allí tenía su sede el dueño del oro, y todavía la tiene. Las paredes son de oro y cobre, a manera de tapices. *Ologan* pudo ver a la mujer de red de oro, *Mu-olosaktili*, quien con otras se dedicaba a limpiar esas paredes. También había una cuerda de oro que transmitía los mensajes del cielo, de *Paptúmat*, el creador, a la ciudad de *Olosakti*.

Aunque la existencia de cuerdas que transmiten órdenes se halla en la tradición Cuna para referirse a las relaciones actuales entre los hombres y *Paptúmat*, no hay una mención explícita a que sean de oro, simplemente, cuerdas o alambres.

Otra cita interesante del oro hace relación con el hijo de *Ologan*. Este muchacho quedó atrapado en la octava capa subterránea y su padre quería que fuese sabio, *nele*. Para eso, él y un curandero tuvieron que cantar durante ocho días, mientras el muchacho escuchaba y aprendía sentado en una piedra de oro, frente al sol. El curandero descendió a ese nivel profundo y lo tumbó de su sitio. El muchacho luego pidió *inna*, la bebida cotidiana de los Cuna, hecha de maíz y jugo de caña. Así el curandero le pudo enseñar lo concerniente a las medicinas. Salió de su morada hecho todo un *nele*, con el nombre de *Ikwasalipilel*. (Wassén, 1949: 125-133).

Wassén encontró similitudes y diferencias entre el relato de las aventuras de *Ologan*, narrado por Pérez Kantule y la versión colonial recogida en 1637 por el misionero Adrián de Santo Tomás. En la de Pérez, el civilizador trae una maraca que al tocarla, convierte todo en oro, hasta su propio cuerpo. En la de Santo Tomás, él ya viene con su piel cubierta de plumas y granos de oro, al igual que su hermana, y que sólo se remueven con el baño en un río (1949: 131). Al respecto, vale la pena anotar que en Arquíva no había mayor conocimiento de la versión de Pérez en la cual la maraca tiene el poder de volver todo dorado. Para los informantes de esa comunidad hay dos cosas claras:

1a. En las distintas poblaciones hay versiones diferentes de los mismos mitos, pero en general la estructura histórica es la misma.

2a. Apenas los hombres civilizados incumplen los compromisos adquiridos en la venida inicial de *Ibeorgun*, en la cual se tornan humanos del todo, *Paptúmat* los castiga haciéndolos animales. Para ellos, el pecado les quita su condición humana y los animaliza, regresándolos al pasado. Pero ese pasado no ha desaparecido del todo. Como lo veremos luego, está presente a través del simbolismo del oro en el cielo que espera a los muertos. (Morales, 1987: 30-32)

De acuerdo con Wassén (1949: 132), en la versión colonial citada, el sol se vuelve celoso por la niña hermana de *Ologan* y en represalia, les quita a los dos hermanos el privilegio de alimentarse con el olor de los alimentos y

defecar por el ombligo, lo cual quedó además como mandato para toda su progenie. Esa versión también asegura que el sol fue quien los descendió en su disco. A partir de esa información, Wassén (op. cit. loc. cit.) asimila al sol con el oro, aunque no da evidencias mayores de que así lo piensen los Cuna, pero da a entender que la metáfora puede tener sentido por el brillo (op. cit.: 133).

Consideraciones sobre los datos referidos

En la época anterior a la venida de *Ibeorgun*, todo era dorado y los cuna asocian tal período con ausencia de normas sociales. Al ocurrir su descenso en el disco de oro y cumplir su misión civilizadora, surgen esas normas y los hombres quedan diferenciados de los animales. En otras palabras ocurre una gran transformación aunque de ninguna manera se anulan las relaciones entre ambos. Durante la ausencia de patrones de conducta social, las uniones sexuales eran indiscriminadas y precisamente, *Ibeorgun* viene a señalar quiénes pueden casarse entre sí y quiénes no. Respecto a la segunda regla, prohíbe el incesto, o sea, los provee de los fundamentos de la organización social, y por tanto, al decir de Lévi-Strauss, son verdaderamente humanos. Antes de tener dicha organización podríamos afirmar que el semen es libre, no tiene restricciones sociales en cuanto a su asignación. En tal sentido, construimos aquí la hipótesis de que el oro que todo lo invade y domina representa precisamente el semen, libre, sin cauces, prehumano. Así pues, en primer lugar, el oro viene a tener un significado seminal en la tradición oral de los *tule*.

En el relato mencionado antes, cuando el hijo de *Ologan* cae en la piedra de oro donde está sentado, coincide con el momento en el cual él ha recibido las enseñanzas para ser *nele*. Ya es un agente cultural que se ha separado de su condición de ignorancia y ausencia de normas socioculturales, representada por el asiento de oro y ha ingresado a otra vida, la de la cultura. A estas alturas es posible acercarse a estos acontecimientos a la luz de las teorías de van Genep (1970) y de Turner (1980) sobre los ritos de paso. El oro como símbolo de lo anterior, en este caso, precultural, queda abandonado y separado de ese nuevo ser que ya ha aprendido y que naturalmente hace parte de una sociedad que ha controlado el incesto. El momento liminar, crucial, cuando el hijo de *Ologan* cae de la piedra dorada representa ese tránsito que de por sí es caótico, de indefinición: por eso se tumba. Cuando se levanta es un nuevo ser y el oro ya ni siquiera se menciona: se ha incorporado el muchacho a una nueva vida, como en cualquier rito de pubertad. Aquí vale la pena traer a cuento la asimilación propuesta por Wassén y mencionada en el acápite anterior, entre el sol y el oro. En la versión de Santo Tomás el sol también cumple una función humanizadora, similar a la de *Ibeorgun* aunque su intención no sea altruista sino castigante: suspende la alimentación con el olor de los productos y establece la defecación por el ano y no por el ombligo como se hacía antes. Aunque esas novedades son vistas como suspensión de privilegios según esa misma versión, son significativamente

humanas, de valor comparable en ese sentido a la prohibición del incesto. Aunque son previas a las introducidas por *Ibeorgun*, sí marcan un paso significativo en el camino hacia los hombres actuales: son hombres-animales. Luego vendrían las normas socioculturales.

Ibeorgun es considerado por los Cuna como el más importante de los *neles* civilizadores pues les otorgó la diferencia con los animales. Además es visto como su padre ancestral (Chapin, 1989: 172) quien vino hace unos 800 años luego de un gran diluvio. Le siguieron 12 *neles* que actuaron más bien como correctores y agentes de control social ante las desobediencias de los hombres a los mandatos culturales de *Ibeorgun*. Uno de ellos fue el citado *Ologan*.

Pero mucho antes que *Ibeorgun*, en tiempos de la creación apareció *Ibelel* o Padre *Ibe* quien tuvo que ver mucho con el origen de las cosas. No fue el creador pero sí su emisario para entregar a los hombres-animales esas cosas.

Aquí es interesante observar el poder creativo que tiene la manipulación de objetos de oro, pues además no hay que olvidar que se vive en un mundo de oro: casas, árboles, hamacas, ríos, animales, creados por *Ibelel*. El oro entonces asume una doble condición: es primigenio pero a la vez se multiplica en todo lo que crea *Ibelel* siguiendo el programa de *Paptúmat*.

Ibelel tiene que someterse a constantes combates con personajes dorados que de alguna manera atentan contra la entrega de las cosas de oro: se enfrenta a *Piler* y sus nietos, a los *poni-Ibelele*, a *Oloninigdegiña* y sus hermanos, a *Olobagindili*, *Olokisbakwalele* y *Kuchuka*. Ellos tienen las enfermedades y el fuego destructor, pero también las medicinas que no quieren otorgar a *Pab-Ibe* para que las difunda entre esos semi hombres de oro.

Ibelel es un emisario muy complejo. Ya vimos que lucha contra seres dorados pero él también se viste de oro y usa implementos de ese metal para ejecutar su misión creadora. Por ejemplo, lleva un machete dorado con el cual corta los dedos a la abuela *Mu-kwelo-punayai* que se les apareció a él y sus hermanos. Los fue tirando al agua como hizo Antoñito el Camborio rumbo a Sevilla en el poema de García Lorca. De esos dedos fueron apareciendo todas las especies de sapos y ranitas. Así mismo, uno de sus hermanos, *Pugasui* se enfrentó a otro enemigo, poseedor de medicinas, *Olotlakiler*, lanzándole una gran piedra de oro al centro de la frente. Al caer, salieron avispas de todas clases y su morada quedó libre; así, *Ibelel* y sus hermanos pudieron apropiarse de los remedios y entregarlos a los hombres animales (Chapin, 1989: 40-41).

Luego de múltiples hazañas épicas, *Padre Ibe* se retira de la tierra y busca refugio en el sol, su morada, desde donde vigila la conducta de los hombres. El navega en el sol, dicen los Cuna.

Durante sus aventuras terrenales, *Pab-Ibe* o *Ibelel* se enamoró de la hija menor de *Poni-Ibelel*, uno de los dueños de las enfermedades y trató de raptarla cuando él y sus hermanos lo lanzaron a la candela con su mujer e hijas. Pero sus aliados se la quitaron y la elevaron a la cuarta capa del cielo donde vive en una gran casa de oro. Por eso el sol en su periplo diario se detiene en el cenit, para que *Ibelel* pueda conversar con ella (Ibid.: 76).

La relación que se puede observar entre *Ibelel* e *Ibeorgun* es de alianza. Aunque muy distantes en el tiempo, el uno prepara el camino del otro y ahora, desde el sol vigila su obra. La epopeya del primero crea el mundo y dentro de él, a los hombres animales. La llegada del segundo forma verdaderos hombres, mediante anulación de la condición dorada. El oro por su parte parece haber quedado como testimonio de la creación y de los tiempos remotos, pero no por ello desaparecidos. Los *kalu*, sitios de reserva de animales, entre otras cosas, se abren o se cierran según la conducta social y de cacería de los humanos y de acuerdo con los convenios establecidos entre los chamanes y los dueños de las especies de fauna, tienen muchos objetos de oro (Morales s.f.: 171; Herrera y Cardale, 1974: 210-223). También son dorados el camino de los muertos y el cielo. En aquel, las almas recorren el *Oloti*, o río de oro y transitan caminos con flores de oro que crecen en sus orillas. Para ascender de lo profundo al cielo utilizan escaleras y cuerdas de oro. En el cielo las almas de la gente que ha trabajado en actividades tradicionales llegan con el apoyo de las *purbas* o principios espirituales de los animales que han cazado, de los peces que han capturado y de las plantas que han cultivado aquí en la tierra (Morales s.f.). Allí disfrutaban de comodidades occidentales como aviones, trenes, carros y edificios, pero de oro.

Aunque en otro sitio (Morales, 1987a) nos referimos a la naturaleza del cielo entre los Cuna, aquí vale la pena recalcar que éste es una ciudad moderna pero dorada. O sea que el oro no ha quedado consignado como algo que ya no existe. El gran atractivo del cielo, dorado y occidental es precisamente su condición universal: de una parte los bienes del otro, pero ajustados al mundo de los grandes creadores y fundadores de la sociedad cuna.

También el oro reposa en ciertas capas subterráneas y superiores donde residen muchos de los personajes del tiempo heróico, en cuyos nombres -no todos- es explícita su condición dorada en el prefijo *olo*= oro. A esas capas llegan los *neles* durante su **aprendizaje** o en las sesiones de curación. Ellos acceden mediante el éxtasis a grandes pasillos y salones dorados donde se entrevistan con los antepasados del tiempo épico y con los dueños de los animales. Emprenden viajes al pasado histórico representado fundamentalmente por el oro (Morales, 1997: 166).

Finalmente, valdría la pena preguntarnos ¿por qué las mujeres Cuna, en esta capa del mundo son las actuales depositarias del oro en forma de narigueras? Esta cuestión no tiene una respuesta clara, al menos para nosotros. De acuerdo con algunos *neles* y viejos *tule*, está relacionada con la regla de residencia uxori-local. Aunque algunas nuevas parejas establecen su

casa aparte de los parientes, o sea residencia neolocal, la pauta tradicional sigue siendo muy respetada, especialmente en las comunidades del Darién y el golfo de Urabá. En tal sentido, las mujeres representan cierta capacidad de control sobre los hombres para evitar relaciones sexuales prohibidas, asimilables a las existentes antes de la venida de *Ibeorgun*. Ella, vendría a ser la asignación apropiada de un líquido seminal bien destinado, es decir dentro del cauce de relaciones sexuales no incestuosas, y por otra parte, la expresión de que es la mujer *tule* concretamente la que debe recibir el semen de hombres *tules* (simbolizado en su oro) y no de otros. Algunas versiones de informantes relacionan la forma del anillo nasal con el disco de oro de los grandes padres y por extensión nosotros, siguiendo a Wassén, podríamos pensar en la presencia solar, vigilante de *Ibelel*, como recordatorio o marcador histórico y social.

La existencia de tiempos preculturales es muy evidente en los siguientes apartes: el primero, contado por Luis Stocel en la isla de Carti en 1969 y el segundo, del mismo informante y Leonidas Valdés, en la misma isla y el mismo año. Dicen así:

«Olotwaligipileler decía a la gente que tenían que dormir dentro de las casas. Pero un hombre llamado Oloaligiña insistía en pasar las noches en los pantanos. Otro hombre llamado Olowelibler tampoco quería dejar su cama de tierra que estaba afuera, y Olotukurgñaliler seguía durmiendo en los árboles. Ellos prestaban poca atención a Olotgaliwipileler y seguían viviendo como salvajes y haciendo lo que les daba la gana.» (Chapin, 1989: 33)

«Cuando el mundo era nuevo no había ceremonias de matrimonio propiamente dichas. Los hombres simplemente vivían con las mujeres que les gustaban, y a menudo las dejaban para encontrar otra.» (Chapin, 1989: 43)

Esa misma presencia de una época desprovista de reglas socioculturales aparece en diversas situaciones etnográficas. Entre los Desana del Vaupés, las normas se empezaron a cumplir a raíz de la matanza de tábanos hecha por los hombres. Desde entonces se practica la exogamia junto a las demás restricciones de las relaciones sexuales (Reichel-Dolmatoff, 1968: 43). Para estos indígenas, el tábano se asocia con la tablilla zumbadora, de uso ritual y con la voz del sol, muy ligado a la vez a lo precultural. Según los Andoke del Caquetá hubo un tiempo prístino cuando los hombres eran de apariencia animal, cuando las normas culturales se estaban creando y consolidando (Espinosa, 1995: 88).

Con base en todo lo anterior podemos establecer una cadena asociativa compuesta por los elementos siguientes: tiempos preculturales-oro-semen libre-sol. La precedente referencia a los Desana relaciona directamente la voz del sol, con los tiempos preculturales a través de la muerte de los tábanos.

Entre los Cuna, la relación queda mediada por el descenso del disco de oro. Si éste equivale al sol, representaría una dimensión parcialmente comparable a la conocida para los Desana (Reichel-Dolmatoff, 1968:43) y otros grupos del noroeste amazónico, entre los cuales el sol comete incesto y se arrepiente de su acto con su propia hija. Para el caso Cuna, el sol descendería para: o establecer las normas culturales, lo cual vendría a corresponder al arrepentimiento, o para inaugurar la época dorada, con la llegada de *Tad-Ibe* o para devolver a los hombres cultos a un estado de hombres-animales, como ocurrió con el descenso de *Ologan*. En este último evento se trataría de otro arrepentimiento, no por la comisión de una falta, sino ante una frustración, por una obra no aprovechada. Entonces el sol se debate históricamente entre lo animal y lo humano, entre lo natural y lo cultural en el caso Cuna. A partir de este devenir, creo que se puede matizar un poco la equiparación tajante planteada por Wassén.

Quisiera finalizar esta ponencia insistiendo en el carácter de preculturalidad otorgado al oro en la mentalidad Cuna, como una posible interpretación adicional y complementaria a la de Reichel-Dolmatoff (1988) respecto al oro y la orfebrería. El control al incesto viene a cerrar una época dorada y el oro y sus objetos se refugian en el pasado, pero un pasado no lineal, sino recurrente, al cual acceden los chamanes y los muertos.